AÑO XXVIII. — Nº 1388.

EL DIA

MONTEVIDEO, AGOSTO 23 DE 1959.

Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



ESCUELA MILITAR AERONAUTICA.

(Fotografía Juan Caruso).

Les fueron entregados los nuevos uniformes de paseo a los Aspirantes de nuestra Aviación Militar, en una ceremonia realizada en la "Escuela Militar de Aeronáutica Gral. Artigas", pronunciando el Jefe de la Escuela, Coronel Remo Laporta una brillante alocución.



Vista de la "cabeza" del corso en la calle Real, constituída por la banda del Cuartel, a la que seguía el camión del Marqués de las Cabriolas. Año 1937. (Foto De Grandi)

Recuerdos de Treinta y Tres:

LOS CARNAVALES

...LOS carnavales de la época en que todavía Treinta y Tres era realmente la capital de su departamento. Cuando el que nacía en Treinta y Tres, se criaba, ennoviaba y casaba en Treinta y Tres. Después tenía hijos, envejecía y moría, todo allí. Se conocía Montevideo por tarjetas, revistas, algún cuento plagado de mentiras o por haber ido alguna vez en viaje en ferrocarril que duraba diez o doce horas y que se preparaba durante un año o más. Entonces las cosas tenían color, olor y gusto lugareños y no tenían esa cara chata y uniforme, hija de la velocidad.

Estos eran, pues, los carnavales de Treinta y Tres. Inconfundibles hasta por los disfraces. Era una fiesta total. Sacudía a todo el Departamento. Raleaba la población de campaña y de los pueblos. Movía el comercio, hacía circular la plata, desentumecía, desamojosaba. La gente se ponía contenta; vendía la lana, la cementera o algún bicho gordo, compraba ropa y se reía a carcajadas, como quien se hubiese pasado un año entero aguantando la risa. Daba gusto.

Eran tres días que siempre duraban una semana. Y cuando la cosa estaba demasiado linda para sólo una semana, se la hacía estirar un sábado y un domingo más. Es decir, se postergaba el entierro.

*

Apenas pasaba el mediodía del sábado, ya podían salir las máscaras. Podían y salían. No se sabía de dónde, pero ellas salían. Como si se abriera la puerta de algún encierro donde estuvieran todas juntas. A los pocos minutos habían invadido el pueblo. Se metían en cuanta casa les venía a mano; "cheseaban" a todo el mundo, armaban el gran zafarrancho. Una máscara tenía carta blanca, entonces; una especie de inmunidad. Como si por haberse puesto una careta y unos trapos distintos a los de todos los días, un individuo —o una individua— sacara patente de consentimiento para lo que se le ocurriese. Y se les ocurrían cosas de todo calibre. Claro que, en algunas de calibre mayor, la policía no tenía otro remedio que intervenir. Pero cosas de loco, se le ocurrían a cualquiera, aprovechando aquella franquicia. Al más "mosca muerta", a veces. Gente a la que nadie hubiese creído capaz de "salir de sus trece", en ocasiones era la peor, después que se "destapaba". O la mejor; porque para ser máscara, hay que tener pasta. Muchas condiciones, se precisa. La primera, tener gracia. Una máscara zanguanga da tristeza; la tristeza que produce el ridículo. Por eso, salir de máscara es cosa para gente joven; salvo el caso de algún viejo muy curtido. De esos que nacieron para ser máscaras toda la vida.

La elección del disfraz era libre. Cualquiera podía disfrazarse de lo que se le antojara. Ahora, se veían antojos increíbles. A alguno se le conocía el origen. Juan Lorenzo Lima, por ejemplo, de chico había soñado años con un auto que nunca le pudieron comprar los viejos con lo que daba la chacrita. De joven, trabajó "como reyuno", para podérselo comprar él; pero cuando anduvo cerca de juntar la plata para "amontonársele" a una "forchela" que tenía medio en vista, se le atraviesa la que en pocos meses vino a ser su mujer. Y atravesársele una mujer en el camino, es lo peor que puede pasarle a un hombre con plata, según decía Lima. Ya viejo, veía consumírsele la última esperanza, que había sido la de agarrar una "choferiada". Antes de que se le consumiera del todo, se le ocurrió disfrazarse de auto. Ocurrírsele y ponerse a hacer el aparato, fue todo uno. Un año, se pasó; pero le salió lo que él quería, con capota y todo. Llegó el primer sábado de carnaval y se largó a la calle. Contagiaba la alegría de su cara radiante, haciendo roncar aquel "motor", tirando virajes a todos lados y tocando bocina por cualquier simpleza. Todo a cuerpo.

Abundaba mucho el disfraz de animal. Cualquier animal. Estaba toda la escala zoológica a disposición del interesado, para la elección del modelo. Se veían toros, carneros, caballos, chanchos, perros, carpinchos, osos, avestruces, pavos, etc. Había que ver con qué acierto elegía cada uno su animal...!

Caso para no olvidarse, era el avestruz de Núñez. No olvidarse por la perfección. Cualquiera hubiese dicho que aquel hombre se había pasado la vida estudiando avestruces. Les conocía todo; hasta las costumbres más chicas. Pero lo principal de Núñez, era que no exageraba su animal. Todo medido al milímetro. Era para preguntarse si un individuo así, no había nacido para otra cosa que para peón de ferias a lo que se dedicó siempre, salvo esa semana de carnaval y alguna otra "extra".

Un avestruz mañero, hacía. De esos que cuando los sacan mucho de paciencia, agarran a pata y pico al primero que encuentran. Hasta en esto Núñez era un avestruz hecho y derecho. Sólo ya cuando algún grandulón de esos que quieren pasar por graciosos delante de mujeres, se "propasaba" demasiado con el "animal", se decidía a sosegarlo. Un par de picotones y unos arañazos, solían alcanzar y sobrar.

Sobre la tardecita, aparecía el avestruz. Hacía primero una recorrida por los barrios. Era la farra de la gurisada, viéndolo gambetear calles afuera. Ya sobre la hora del corso, se iba para el centro. Llegaba medio molido. Antes de incorporarse al desfile, se sentaba un rato en el café, echado para atrás en una silla, a tomar algún refresco. Todo desalado el avestruz, de calor y cansancio.

Con el tiempo, a Núñez le fue quedando el nombre de su disfraz. Como un premio que le daba el pueblo por aquella habilidad, le fue quedando. Un premio a su vocación, que él seguramente recibió lleno de orgullo. Porque no hay duda de que Núñez supo ser "un avestruz cien por ciento".

*

Era corriente el disfraz de sexo opuesto al del disfrazado. Vaya a saberse porqué, pero era corriente. De nuestra casa, una vez salieron seis o siete mujeres. Un mediodía de febrero que pesaba toneladas de sol. Seis o siete. Eran ellas: el canario Perico, alta y huesuda; uno que le decían el Lagarto, desfachatada y abundante; un brasileñito guitarrero, petisita y movediza; uno tipo gallega cocinera y otras. Bastante guarangas, todas ellas. Pero a fuerza de relleno, pintura, algún taco alto las más livianas, voz lo más fina posible y algún otro detalle, podían pasar —aquí, sí, allá no— por mujeres.

Recorrieron medio pueblo. Cuando ya no aguantaban más la montonera de ropas y los zapatos apretados, se arrimaron al boliche de Lolo a tomar unas naranjitas. Llegaron honrada e inocentemente; disfraz femenino, pero intención completamente masculina. La "embarró" el propio bolichero, que por ser sábado de tarde tuvo que abrirles una puertita privada.

—Hola, muchachas... ¿Gustan pasar...?

Invitó con miedo de "pecharse"; pero le relampaguearon los ojos de picardía. Sin necesidad ni de mirarse unas a otras, la actitud del invitante les cambió aquella intención que traían, de tomar y pagar como hombres. Pasaron. Todas "ay de mí", fueron desfilando.

—¿De qué van a servirse, muchachas?

Preguntó el bolichero, ya todo derretido, mirando al Lagarto, que era la que más llenaba el ojo de todas. Ella se abanicó, suspiró, se retorció, largó una carcajadita que apenas le salió femenina, cruzó la pierna discretamente y aflautando la voz lo que pudo, contestó:

—¿Tenés güisque?

El del ofrecimiento parpadeó ligerito; pero antes de que se dieran cuenta del porqué, respondió ya dando vuelta:

—Pero y cómo no!

Ellas todas bajaron la cabeza y se estuvieron acomodando las caretas hasta que él volvió. Tomaron, repitieron. El dueño de casa sentado cerquita de la del pedido, ganándole todas las voluntades.

Se despidieron, agradecieron y ya se marchaban, cuando Lolo, tan entusiasmado por la mujer como preocupado por el gasto, se le acerca al Lagarto y le aclara:

—Mire qu'el güisque lo serví por usté...

Nunca se supo si por gracia o por rabia, alguna de las otras dejó escapar una risotada demasiado comprometedora. Muy gruesa, salió. Tanto, que el bolichero apretó los labios y las quedó mirando fijo. Ya a distancia bastante prudencial, ellas le alcanzaron a oir, antes del portazo que lo borró:

—Pa mi gusto... son toditos machos...!

*

Después que se le prohibió, el juego con agua era más lindo. Más lindo sólo por prohibido. Pero más lindo, además, porque era cosa "superior" ver pasar de cuando en cuando algún mojado rumbo a la comisaría, bajo la custodia de uno o dos milicos. Y cosa "más superior", ver echar chispas a algún milico empapado y vencido, después de haber cometido la imprudencia de pretender evitar una de aquellas fiestas magníficas, a fuerza de autoridad. Con un balde de agua en mano, un hombre o una mujer se sentían dueños del mundo. No se respetaba auto ni traje nuevo ni galera ni título. Nada era tan temible como una de esas batallas, cuando "el clarín" tocaba a "relajo". Todos los barrios organizaban su fiestita de agua.

*

El corso empezaba una hora y pico después de oscurecer. Se desfilaba por la calle. Alrededor de la plaza y unas cuadras por la calle Real, bajo iluminación encandilante, sobre piso de tierra, y entre una polvareda que allí nadie notaba; pero que a unos metros de allí, era una verdadera cerrazón. Se desfilaba en autos, en carros, a caballo y a pie. Adelante, detrás y a los costados del desfile, la gente caminaba. Salvo frente a los cafés, donde se sentaba alrededor de las mesas puestas a lo largo de la vereda y en lugares estratégicos, donde se paraba.

Se decía que en otras épocas, se solía jugar con flores. Nuestras madres, lo decían. Porque en aquella época, estábamos en el emporio de la serpentina, el papelito y el "pomo". Esto del juego del pomo, no era juego ni era de pomo. Eran batallas con éter envasado en un pomo.

Con la serpentina se iniciaban relaciones entre fulano y fulana. Relaciones carnavalescas; porque la mayor parte de las veces, eran viejos amigos. Pero esto no autorizaba a entrar de lleno en plena batalla. Empezaba él con una sonrisa cuyos largo y ancho se podían ver recién cuando regresaba de la cortesía que lo llevaba hasta el suelo, al arrojarle el rollito de papel. Devolvía ella y a la segunda vez, ya sonrisa y cortesía habían encogido. A la tercera ni se insinuaban; las circunstancias imponían seriedad. El terreno ya estaba a punto para entrar directamente a la batalla de papelito. También abría él el fuego. Buscaba agarrarla hablando, para llenarle la boca de un puñado de munición. Boca llena y todo, arremetía ella. Hasta que una de las bolsitas de la "carnavalina" no se terminaba, la lucha seguía. A la vuelta o allí mismo, si la cosa era muy encarnizada, ambos beligerantes echaban mano a los pomos. Arma de mayor alcance, el pomo era terrible. Terrible por el frío sobre la piel y por el ardor en los ojos y la nariz. Y siempre se buscaban los ojos y la nariz del contrario.

Por la forma de arrojar la serpentina y el papelito, y por la forma de manejar el pomo, se podía clasificar a la gente. El que era canario, no podía disimular que se sentía enlazando campo afuera y con todos los rollos, al tirar aquel lacito de papel; pues lo hacía hasta "cimbrar", cuando lo enredaba en alguna cabeza. A la bolsa de papelitos la apretaba con una mano sobre la cadera y con la otra sembraba al boleo. Con el pomo parecía estar abrazado a una escopeta o a una regadera. Alguno incluso cerraba un ojo, para no errar.

Hacía cabeza del corso, la banda del Cuartel a caballo; hacía cuerpo, todo lo que quería. Desde el lujoso camión florido del Marqués de las Cabriolas, hasta el carrito criollo con enramada de mataojo, largando humo de un brasero donde hervía alguna olla de grasa para tortas fritas que se repartían en-

tre quienes quisieran probarlas. Las comparsas, murgas, etc., que desfilaban el primer día para hacerse ver, después abandonaban. Abandonaban, para dedicarse a vintenear, como tanta gente, durante las horas del borbollón. Se formaban conjuntos de cantor.s, músicos, barulleros, gritones, de todo. Hasta de audaces, se veían conjuntos, tratando de agarrar algún real en el entrevero. En aquella época no hab.a tablados ni cosas parecidas; el carnaval era más "amateur" que profesional.

No todo el mundo se divertía del mismo modo. Hubiera sido un carnaval demasiado aburrido. Que hubiese una cosa para cada gusto — y otra para cada disgusto — era lo que le daba colorido, animación, movimiento. La mayor parte de la gente se divertía en grupos. Grupos que iban desde la yunta a la cincuentena. Ya fuera disfrazados o de particular, casi siempre estos grupos tenían una cabeza o comandante. Los disfraces eran sencillos y en su mayor parte, grotescos. Generalmente, la tendencia era hacia la deformación, a fuerza de relleno de lo invisible del cuerpo y de total embadurnamiento de lo visible. Cada cual con algo en las manos. Y ese algo iba desde la maquinita espolvoreadora de insecticida, hasta la corneta en desuso, que se pegaba a cuanta oreja encontraba a mano. De cuando en cuando, un conjunto de aquellos atravesaba la diagonal de la plaza rumbo a la comisaría, con su comandante sustituído por un milico. O por dos o tres milicos, si la cosa había sido medio "gorda".

Algunos se divert.an solos. Y a veces daba más qué hacer, qué decir o qué reír uno de estos solitarios, que muchas de aquellas gavillas. Había uno que nunca se pudo saber quién era, cuyo gusto consistía en pasarse todo el rato de un lado a otro, de jacqué, galera, bastón y un bigote de oreja a oreja, ofreciendo en venta cosas que no tenían "goyete". "Vendo... vendo" — decía — "...yanta e'carreta en almíbar"; "cencerros para insectos impertinentes"; "circulitos a la cuadratura"; "aujeros pa colador"; y por ahí. Todo el rato y todo el carnaval, ofreciendo. Nadie pudo nunca reconocerlo. Se calculaba que fuese algún forastero que ven.a a sacarse aquel gusto y después se mandaba mudar.

Había quien se dedicaba a hacer rascarse y estornudar a la gente. Lo primero, con "pica-pica"; lo segundo, con rapé, ambos prohibidos. Se paseaba despacito, manos en los bolsillos. Donde veía una rueda grande y bien distraída, especialmente en la que hubiese novio y novia, futuros consuegros, tías, etc., allí se arrimaba como no queriendo arrimarse. Echaba mano al producto, haciéndose el inocente, le daba destino. Se dejaba estar un ratito, cuanto para notar



El camión del Marqués, hermosamente ataviado, ya pronto para el desfile. Año 1937. (Foto De Grandi).

el movimiento disimulado de los que quieren rascarse, pero no quieren dejarse ver rascándose; o de los que empiezan a hacer morisquetas para no estornudar antes de tener el pañuelo en la mano. Después de eso, como había llegado, sal.a al tranquito buscando otra rueda. Al último, ni gracia le hacía la operación tantas veces repetida. Pero seguía repitiéndola hasta el fin del carnaval.

*

A medianoche se apagaba la iluminación. Exactamente a la misma hora, se encendían las luces de los grandes bailes. Entonces el carnaval se resumía. Salvo algún matrimonio vie.o, cargado de nietos, todo el mundo se iba a bailar, o cuando menos a mirar bailar. El Centro Progreso solo, absorbía una cuarta parte de la multitud. Dos tercios de ese cuarto, adentro; el otro tercio afuera, pegado a los balcones. Y las otras tres cuartas partes del total, se distribu.an por todo el pueblo. Porque en todo el pueblo se bailaba. Los salones y saloncitos adornados con mascarones y farolitos de papel, surgían como hongos durante la temporada. Desde los propios cafés, hasta alguna salita particular apropiada. Y esto, aparte de los asaltos, que entonces eran bailes de sorpresa para algún dueño de casa que de antemano se le sabía dispuesto a no sorprenderse ni hacerse el sorprendido con el baile y sobre todo con los gastos; aunque alguno siempre se sorprendía o se hacía el sorprendido.

Los bailes eran la prolongación del carnaval, desde la medianoche al amanecer, sin corso y en local cerrado. Claro, con la particularidad de que todo era más "a las cortitas", y con doble, triple o cuádruple entusiasmo. Allí las batallas aquellas eran asunto muy serio. A veces y en ciertos lugares, llegaron a ser batallas con muertos, heridos y todo...

*

Así, todos aquellos d.as y aquellas noches, hasta el último y la última. Esta era la del entierro. Enterrar, no se enterraba nada. Lo que en realidad se hacía, era ponerle punto suspensivo por un año escaso. Entonces, cada cual "echaba el resto" divirtiéndose; cosa de "sacarle el jugo" al carnaval hasta el último momento antes del punto suspensivo.

Cosa melancólica era un amanecer de estos carnavales treintaitresinos. Al retorno de los bailarines amarillos y pesados de sueño, cansancio y hastío, se juntaban la soledad de las calles y la plaza; el traqueteo de los carritos basureros recogiendo el papelerío que había dejado la noche bullanguera, y el silbato de los milicos al cambio de los turnos. Todo, sobre el unánime fondo coral de gallos, cuzcos, vacas y terneros aclamando al día.

Y a aquel amanecer del entierro, todavía se le agregaba la certidumbre de que, d sde la noche siguiente y por un año, no habría carnaval.

Julio C. DA ROSA

(Especial para EL DIA)



Este debe haber sido el primer tablado que se levantó en Treinta y Tres. (Año 1937). (Foto De Grandi).

ROGELIO DE PRO:

vocación y carácter

UN hombre con su obra a cuestas, obra cumplida con amor y lucha, y realizada con voluntad y entusiasmo, constituye un espectáculo estimulante, lección de verticalidad cuyo logro significa para el protagonista la más alta recompensa de los desvelos y hasta el olvido de los sinsabores que se le cruzaron en el destino.

Nos habían dicho, sí, que Rogelio De Pro se retiraba de la enseñanza, después de culminar brillantemente su carrera profesoral en la Dirección del Liceo Nº 3 "Dámaso Larrañaga". Pero, frente a él, nos damos cuenta de que la actitud docente no se declina en un expediente jubilatorio; que acaso sólo ha cambiado el terreno de la siembra; y que De Pro, que se ufanó en el obstáculo y creció ante los dificultades no es fácil de arrinconar en un retiro sedentario, cuando tiene todavía un puñado de iniciativas fecundas en la mano, y joven el fervor para seguir andando.

Vamos a saquearle algunos recuerdos, y como siempre es temible una mujer armada de papel y lápiz, cede sin resistirse.

El itinerario es largo. Son cuarenta y dos años ininterrumpidos de profesorado, sin una licencia en ese lapso, sin una deserción, con un sentido casi misional de lo que el maestro debe al discípulo, de lo que el discípulo significa de responsabilidad humana, en cuanto la conciencia y el carácter deben formarse temprano, y la materia dúctil de la adolescencia es propicia para modelar con ella los ciudadanos que la democracia necesita.

Evoca aquella hora esforzada de los comienzos, su vida de profesor viajero repartida entre Montevideo y Florida, a donde llegó en 1917, para quedarse allí dieciocho años, cuando dirigía el Liceo, don Carlos T. Gamba. Evoca la camaradería, la vocación de los compañeros atenta al planteo educativo, del cual la clase era un accidente, importante, es claro, pero involucrado en una órbita más vasta y de incalculable trascendencia. Epoca casi heroica, "inolvidable", dice repetidamente, en que se estaban modernizando los planes de enseñanza, cuando una nueva generación de profesores salió a remozar los planteles liceales del país. Hora de echar cimientos, hora en que todo era porvenir.

En su palabra, atada a la memoria, se suceden los años, los nombres, los episodios. La dirección del Bachillerato Uruguayo, en el Liceo Francés, desde 1924, donde también estuvo dieciocho años; la renovación que promovió, acompañado del doctor Eduardo J. Couture, de los estatutos de la Sociedad Francesa de Enseñanza; la mudanza del viejo caserón de la calle Soriano al edificio actual de 18 de Julio. Recuerda, y sonríe. Le estaba reservado ser testigo de varias mudanzas de liceos... Entretanto, era además profesor de ciencias físico-matemáticas en el Liceo "Héctor Miranda" y en el "Francisco Bauzá", y como no era el suyo temperamento para encasillarse únicamente en la materia de su especialidad, en todo establecimiento por donde pasó, se entregó a tareas ajenas a la clase. Su interés abarcaba la vida misma, total, del liceo. Organizar, instalar, elegir materiales educativos; allí donde hubiera una labor extra, puso ahínco, tiempo y capacidad. Así fueron saliendo de su dinamismo, los sábados literario-musicales del Liceo de Florida, y el estímulo del deporte estudiantil en el Liceo "Héctor Miranda", y el gabinete de Física del "Francisco Bauzá". Actuación intensa, que abandonó al asumir en 1942 la dirección del Liceo "Dámaso Larrañaga", que funcionaba en un edificio vetusto, o más exactamente, ruinoso, de la calle Paysandú.

—La entrega debe ser total. Hay que vivir por entero el liceo: no es para mitades —nos asegura, añadiendo—: Es un sacrificio que da satisfacciones.

Rememora los primeros tiempos del "Larrañaga". Y trae a cuento una anécdota de infancia, revivida al entrar en el Liceo Nº 3 para tomar su cargo: iba de niño a una escuela que le deprimía, con su consabido retratito de Varela, los cuadritos contra el alcoholismo; le agobiaba el clima opaco del aula; y los días de sol, se escapaba a la calle en busca de libertad. Esa misma sensación le golpeó al pisar el umbral del viejo "Larrañaga": la casa lo horrorizó. Pero recordó también que en su escuela, una maestra excepcional, Sofía Estévez Choperena, cantó la atmósfera opresiva y supo dar alegría a la clase: ya no sintió deseos de fugarse. Al penetrar en el edificio de la calle Paysandú, recordó aquellas huídas, y se propuso conseguir que nadie sintiera el afán de evadirse que él conoció tan bien. Como respuesta a su preocupación inicial, un trozo de revoque del cielorraso cayó casi rozándole: esa fue la bienvenida.

No perdió tiempo De Pro en buscar remedio para la situación. La casa se caía. Asesorado por el Arq. Polanco Musso —nuestro sufrido profesor de Dibujo— y por los ingenieros Sala, Magnano y Guarnieri, estos tres fallecidos ya, solicitó una inspección técnica que determinó, como alternativa, apuntalar la casa o irse. Se quedaron. Y los techos fueron totalmente cambiados con el liceo funcionando, sin protestas de padres, sin huelgas de alumnos, sin molestias, sin alterar el ritmo de las clases. Porque detrás había una autoridad y una voluntad. Subraya el Prof. De Pro que el Arq. Pagani dirigió las reformas edilicias de manera encomiable.

El diligente Director iba acumulando experiencia para un proyecto más ambicioso: un liceo modelo, el mejor que hasta entonces se hubiera construído en el Uruguay, con todos los adelantos de una moderna casa de enseñanza. En 1944, el Plan Berreta abrió las puertas para la aventura, y De Pro integró desde entonces la Comisión de Edificación Liceal de Enseñanza Secundaria, cuya Secretaría desempeña actualmente. Al fin, en 1955, se inauguró el nuevo "Dámaso Larrañaga". Dicho así, resumido en unas líneas, parece fácil. Pero construir, abrirle paso a un anhelo, nunca es fácil: no hay peor encono que el que se levanta al paso de los realizadores. Fueron muchas las batallas libradas hasta conseguir el objetivo. Pero intuímos que a este combativo no debió importarle andar en guerras con unos y otros, porque tenía un ideal en alto para alumbrarse la ruta. Y el propósito adquirió forma concreta.

—La lucha fue dura, pero no perdí el buen humor.

Tiene palabras de reconocimiento para el haz de profesores que le secundó fielmente en su empeño, y surgen nombres queridos, lealtades, amigos comunes. Se hace grata la confidencia, se anima y caldea mientras cae la tarde y una perra negra y orejuda busca una caricia que le damos con gusto y ánimo de raptarla.

Rogelio De Pro está en lo suyo entrañable. Su elocuencia lo atestigua. El edificio del "Larrañaga", vinculado para siempre a su obra, no es sólo el edificio, sino otra cosa más sutil que se aloja firmemente entre las paredes; es, ante todo, espíritu, una fuerza inmensa que une y compromete a seguir adelante. La casa donde se estudia debe ser querida y respetada, y el adolescente que a ella ingresa, debe comprender su obligación hacia la misma. En la aparente severidad de De Pro, se ha encarnado un criterio rector basado, no en *dar* libertades arbitrariamente, sino en *organizar* libertades, para bien de los jóvenes, forjando en ellos la médula de una conducta, la integridad intelectual y moral que requiere una nación, con hijos que sean fervientes demócratas y hombres socialmente útiles. Por principios de esta envergadura ha bregado siempre, desde que ingresó, muchacho aún, al Comité Estudiantil Colegialista, alrededor de 1915. Hablar de Colegiado sin hablar de Batlle es imposible. Hablar de Batlle sin que nazca espontáneo el elogio del inmenso estadista, tampoco es posible. Y Rogelio De Pro recuerda una audiencia solicitada por él, en representación de sus colegas del Liceo de Florida, cuando Don Pepe estaba en el Consejo Nacional de Administración. La hora fijada fue la de las siete de la mañana. A las siete, puntuales, el gran ciudadano recibió al emisario de los profesores floridenses. Y terminada la solicitud que motivara la entrevista, iba a retirarse, cuando Don Pepe le retuvo, para hablarle con una pasión memorable, de su interés vivísimo en la enseñanza, por el aumento del número de liceos, por la situación del elenco docente, con un hondo conocimiento del asunto que su oyente no olvidó nunca.

—Aquel hombre que era una cumbre, que tendría sin duda tantos problemas serios que atender, parecía no tener apuro en que la conversación cesara, ante un joven profesor que no era nadie! —concluye De Pro, agregando—: Salí conmovido.

No necesitaba decirlo. Habla de Batlle en la Convención, sentado, al sesgo e inquieto, al borde de una silla, siguiendo apasionadamente los debates, sonrosadas las mejillas y jubiloso si de luchar se trataba. Se anima y colorea en su palabra veraz, la briosa silueta inconfundible que De Pro perfila con adhesión.

Era Convencional en el momento del golpe de Estado, haciendo abandono de sus grupos del Instituto Normal, al ser éste intervenido oficialmente.

Actitudes, todas, que van definiendo la rectitud de un carácter y el valor educativo del ejemplo. No cree que con blanduras, concesiones, falta de temple, pueda nadie ser eficaz en la docencia. El bien, debe adquirir un poder categórico a los ojos del estudiante, y un pobre hombre sin personalidad es evidente que no puede plasmar caracteres. El profesor está ante los jóvenes en exhibición permanente, y la actitud del maestro queda fijada en ellos como cosa definitiva. Hay que dar al estudiante el máximo de atención y generosidad, pero reclamando de él una cuota de atención y generosidad equivalente, inculcándole que el cuidado futuro del país estará en sus manos. Postula De Pro el intelectualismo crítico en el aula, para enfrentar el propagandismo pernicioso: el liceo debe tener ascendiente sobre las cosas de la calle. Comprendemos su dominio del tema, tan vasto, y sobre el cual podría seguir hablando largamente. Pensamos que su retiro de la docencia pudo aplazarse por algunos años, pero nos ataja:

—He dado mi actividad. No quiero dar mis fatigas a la enseñanza.

Como desmintiéndole, rebulle la energía en sus ojos azules, y su simpatía se contagia. No ha perdido en camino, no, su antiguo buen humor, aunque se adivina que no es de los mansos. Rogelio De Pro, entre una maraña de expedientes de los que irán naciendo los nuevos edificios liceales de todo el territorio nacional, tendrá más tiempo, un poco más de tiempo, para rasguear aires clásicos en su guitarra, pero sin descuidar los reclamos de una vocación indeclinable a la que aún tiene mucho para darle.

Por eso no adherimos al homenaje que se le tributa en estos días, despidiéndole de la dirección del Liceo "Dámaso Larrañaga", tan hijo suyo. Porque no creemos en su jubilación.

Dora Isella RUSSELL

(Especial para EL DIA)



El profesor Rogelio De Pro, en un rincón favorito de su casa.

MARIA BORGES.

SOPRANO LIRICA URUGUAYA

POCAS jornadas operísticas —entre las numerosas que transcurren en Montevideo— resultaron tan emotivas como la que tuvo lugar en el Teatro Solís, en la noche del 15 de julio de 1959. Bajo la dirección de Juan Protasi, se representaba "La Traviata", de Verdi; y desde los primeros momentos, era perceptible esa vaga atmósfera, tan difícil de describir, pero tan fácil de intuir, que constituye el clima propicio para las más puras emociones artísticas.

A ello contribuían, sin duda, la cohesión de la orquesta, la correspondencia estrecha entre el foso y el escenario, y la presencia de cantantes de sólido prestigio y larga actuación; entre ellos, a Víctor Damiani y a Luis Giammarchi, encarnando, respectivamente, a Jorge y a Alfredo Germont.

El papel de Violeta Valéry había sido reservado a una joven soprano compatriota: María Borges, a quien conocíamos desde la temporada lírica oficial de 1955, cuando tuvo a su cargo el papel de Cio Cio-San, en "Madame Butterfly", de Puccini. Pese a que esta primera labor de responsabilidad la había señalado, ya, como una futura gran actriz lírica —y que en tiempos posteriores había sido advertible el progreso en el empleo de sus recursos, (en "Sueño de una noche de verano", "Hansel y Gretel" y "Payasos")— nuestro público estaba muy lejos de pensar que esa noche de julio, le sería revelada a la artista completa, en el instante preciso de desplegar sus alas hacia los anchos horizontes de la lírica mundial.

Desde que, en el primer acto de la ópera, María Borges pudo definir claramente el conflicto espiritual íntimo del personaje, al que supo humanizar sin distorsionarlo: desde que la transición dramática entre el "e strano" y el "follie, follie..." fue dicho con impecable seguridad, emanada de una profunda comprensión de los términos, la artista atrajo hacia sí la atención del público, polarizando su atención, y preparándolo para "eso" que ya se presentía en el aire. Los actos II y III nos la mostraron en facetas cada vez mejor diferenciadas de su talento y de sus posibilidades vocales: gracias a ella, el personaje iba creciendo y ahondándose, en la exacta medida que le fuera asignada por el genio creador de Verdi. Su dúo con Germont padre (Víctor Damiani), constituyó una de las páginas más hermosas de nuestra historia operística. Pero al llegar al acto IV, el ascenso de plano fue aún más acentuado. La voz de Violeta pareció, más que nunca, como una emanación de los acordes melancólicos de los violines (pensamos que así debería ser siempre), de los cuales fue desprendiéndose hasta constituir una figura humana, mitad irreal y otra mitad corpórea. Al llegar al "Adiós al pasado", encontró la culminación de su labor. La transfiguración espiritual de Violeta —desde la frivolidad del salón hasta la redención por el sacrificio, pasando por los grandes conflictos descriptos en los actos intermedios—, se hizo completa, intensa y comunicativa. El aplauso fue de una espontaneidad, emotividad y duración inauditas. El público la aclamaba de pie, actitud que fue compartida por los músicos de la orquesta, quienes "batían palmas" con los arcos sobre la madera de los instrumentos.

María Borges no tenía ya fuerzas para responder a tan enorme tributo de la multitud, y permanecía reclinada sobre el lecho, en la misma actitud en que la había tomado la última frase cantada...

Muchos días después, sabríamos la razón de esto. Nos lo dijo la soprano, durante la entrevista que le solicitamos con el fin de recabar detalles sobre su formación artística, y sus impresiones acerca de este acontecimiento.

"Créame — nos refería— que si yo en aquel momento, pude llegar hasta el corazón del público, esa ovación llegó mucho, mucho más intensamente todavía, a mí. Por eso, no podía levantarme para saludar: yo estaba llorando..."

Esta vez, la crítica y el público coincidieron en sus apreciaciones. El triunfo, legítimo como pocos, venía traído en andas, por la emoción popular; por la intensidad y la autenticidad de aquel mensaje de gran arte.

*

Nos costó bastante trabajo (mediación de amigos comunes, sincronización de tiempos, etc.), concertar una entrevista con la triunfadora de *La Traviata*.

Después de aquellas inolvidables jornadas, la gran artista parecía haberse esfumado. Por fin, y al cabo de diversas gestiones, María Borges llegó, una tarde, hasta nuestra Redacción. Es una joven delicada, de mirada suave y profunda; cuya espiritualidad trasciende desde las primeras palabras. Toda ella rezuma humildad. Tiene en la vida cotidiana, la misma finura de rasgos, físicos y morales, de los personajes líricos que sabe componer en la escena. Gracias a un "hábil interrogatorio", nos enteramos de los principales aspectos de su formación artística. Nació en Montevideo, y desde niña tuvo vocación por el canto. Durante varios años estudió bajo la dirección de Pablo Komlós, aunque su primera presentación en público, como partícipe de una audición de alumnos, tuvo lugar sólo hace diez años, en el Ateneo de Montevideo. Entonces, conquistó el aplauso del público, al cantar, precisamente, el "Adiós al pasado". Se cierra el ciclo... La misma página, para marcar su aparición en público, y señalar su ascenso al primer plano entre los cantantes líricos uruguayos. ¿Es obra del azar, o estos hechos están ligados por una estrecha razón de *causalidad?* Nos inclinamos a creer lo segundo. Lo cierto es que, después de este *debut*, María Borges tuvo muchas oportunidades de actuar en público. Algunas, fueron aceptadas; otras, no llegaron a concretarse, como, por ejemplo, el papel de Lauretta (en "Gianni Schicchi"), que le propusiera, en 1952, al maestro Nino Stinco.

Mientras tanto, no descuidaba las oportunidades de enriquecer su técnica, y de lograr una formación cultural armónica en todos los aspectos.

Estudió bajo la dirección de John Corallo, hasta 1953, fecha en que asistió a los cursos dictados, en Montevideo, por Ninon Vallin; de los cuales egresó a los tres meses, por estar convencida de que para que una enseñanza sea efectiva, debe existir un perfecto acuerdo sicológico entre el maestro y el discípulo. Y no era ese el caso de M. Borges, respecto a la gran cantante francesa, a quien admira, precisamente, como intérprete maravillosa de la música vocal. En usufructo de una beca, estuvo en Europa, desde julio de 1957 a enero de 1958. Asistió, en este tiempo, a los cursos de verano, dictados en la Scala de Milán, por Ugo Cofalonieri. Allí aprendió mucho sobre disciplinas complementarias, que aseguran la formación de todo cantante lírico: arte escénico, gimnasia, ballet, etc. Cofalonieri insistía en que María Borges debía permanecer en Milán, pues entreveía ya, en nuestra compatriota, a la artista que hoy conocemos. Compromisos de labor y otros problemas, impidieron acceder a la solicitud de aquel maestro.

Apenas vuelta de Europa, encarnó al "Duende de la Noche" en la ópera infantil *Hansel y Gretel*, de Humperdinck, representada, en 1958, bajo la dirección de Eric Simon, en el escenario al aire libre del Parque Gral. Rivera.

En ese mismo año y en el presente, actuó como Nedda en *I Pagliacci*, de Leoncavallo. En todas estas actuaciones, el arte de María Borges parecía ir puliendo sus aristas, para definir una personalidad artística en la cual se reúnan la firmeza de carácter, la finura de los rasgos y la seguridad creciente en el empleo de todos los recursos, vocales y escénicos. El resultado final de este proceso, es el que ya conocemos: a él nos referimos, precisamente, al comienzo de esta nota.

Ahora, la soprano estudia bajo la supervisión de Víctor Damiani. Y creemos que para este gran artista nuestro, de "primo cartello" internacional, ha de ser tarea relativamente sencilla, impartir enseñanzas a una cantante que, como la que hoy nos ocupa, viene naturalmente predispuesta para realizar, en su cuerda, una labor de tanta intensidad y dignidad como la que caracterizan al veterano barítono uruguayo. Se diría que éste no tiene otra misión que la de hacer vibrar un diapasón... en la seguridad de que otro diapasón próximo, está acordado al mismo tono.

María Borges tiene todas las cualidades para componer una artista completa. No sólo prepara técnicamente su parte vocal, sino que penetra en el mundo anímico de sus personajes, en los secretos de la tonalidad y el ritmo, fijados por el compositor, y en el clima espiritual en que ha surgido cada obra literaria que ha servido como argumento de ópera. De este largo y minucioso proceso de análisis, surge, inevitablemente la síntesis personal, donde se sobreponen los elementos aprendidos y asimilados, con las propias vivencias de cada intérprete. Cuando la concordancia entre tantos elementos ha sido establecida, sólo resta a lo físico del sonido, traducir esta suma de conceptos y de emociones, en flores de arte. Pero entonces, y sólo entonces, es cuando se llega al *gran arte*. Nuestro pueblo, ahora, ya lo sabe.

Y esta es la trascendental lección que una joven soprano uruguaya, tan dulce y tan firme a la vez, ha dictado al público montevideano.

Roberto LAGARMILLA

Agosto de 1959.

(Especial para EL DIA)



La joven soprano uruguaya aparece, aquí, junto a la cantante estadounidense Catherine Reiner (centro), y al compositor nacional Héctor Tosar Errecart. (Nota tomada en nuestra Redacción).



María Borges (Violeta), junto a Flor Garateguy (Flora), en una escena culminante del Acto III de "La Traviata".

POR LA ESPAÑA ETERNA

NUMANCIA

HAY nombres-clave, como éste de *Numancia*. Palabras que se pronuncian con respeto casi sagrado, y que sacuden remotas raíces nuestras. Muchas veces nos ufanamos exentos de prejuicios, de sugestiones históricas; y al nombrar algo, persona o cosa, ciudad o paisaje, una oleada de reminiscencias que ni nos pertenecen individualmente, nos asalta. Así, Numancia. Así, al llegar a Soria (la Soria maravillosa y única, la Soria del heroísmo celtibérico y del dolor y el amor de Antonio Machado), sin pisar sus calles subimos a Garray, es decir, a Numancia. Porque Numancia está a 8 Klms. de Soria, en la meseta clarísima, dando vista a una inmensidad de tierras y de montes y de río y de cielo, que aturde!

Teodoro Soto hace cuarenta años que está allí, *guardando* las ruinas de Numancia. Y nos cuenta el pasado "de antes de J.C." por si se nos hubiera olvidado aquella página tremenda de nuestra Historia, aprendida en la escuela primaria. Teodoro Soto nos señala el campamento de Scipión el Africano, el que se trajo sus elefantes para sembrar el espanto entre los numantinos, y nos recuerda que uno de aquellos elefantes fue herido por uno de los sitiados y que, loco de dolor, se revolvió contra sus hermanos y contra sus dueños, causando más bajas entre todos éstos que entre los defensores de su libertad. Y también nos indica el campamento del hermano de Scipión, y nos sigue enseñando cómo llegaron, y por dónde, y de qué astuta manera extendieron el sitio para que los numantinos se vieran precisados a rendirse.

¿Rendirse? Ya sabemos que no. Los numantinos supieron morir. En esto seguimos los españoles, en el sabernos morir numantino; unas veces de un modo y otras de otro modo. Pero, morir. ¡Ah, que en España lo vivo es la muerte!

El hombre que hace cuarenta años que vive allí (¡y hay que conocer los inviernos de Soria!), se lo sabe todo muy bien. Ha convivido con arqueólogos, con prehistoriadores; me recordaba al guardián de las Cuevas de Altamira. Son criaturas éstas que se han ido alejando del presente hasta identificarse con lo que enseñan. El Pasado para ellos es el hoy fresco y luminoso.

Las calles de Numancia afloran entre la cizaña —que debería cortarse para que las ruinas resplandecieran— y sus casas —más bajas que el nivel del suelo— muestran cómo vivían aquellas gentes de tan recio valor guerrero. Columnas rotas, romanas ya, piedras de molino, monumentos que los siglos fueron levantando a la memoria de los fieros antepasados, pueblan el altanero paisaje.

A pleno sol y viento en el mediodía de julio hemos tomado nuestro almuerzo de viajeras en un rinconcito, para no estropear nada; ni paisaje ni perspectiva. Jamás me sentí más alegre, ni saludable, ni más llena de raza. No sé, en verdad, qué prefería: si el pasado latente o el porvenir incierto... Estaba, sencillamente, en Numancia como en mi propio hogar.

Carmen **CONDE**

Numancia, 1959.

(Especial para EL DIA)



Molinos romanos, en las ruinas de Numancia.



Vista parcial de lo que resta de la Numancia que fuera.



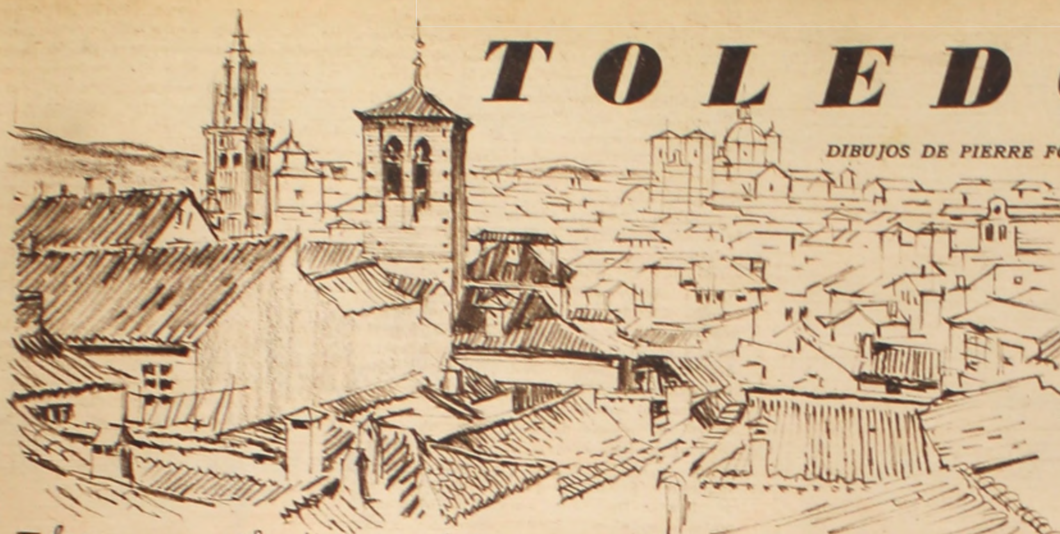
Habitaciones romanas: Casa Prétor.



Teodoro Soto, que desde hace 40 años es guardián de las ruinas de Numancia.

TOLEDO

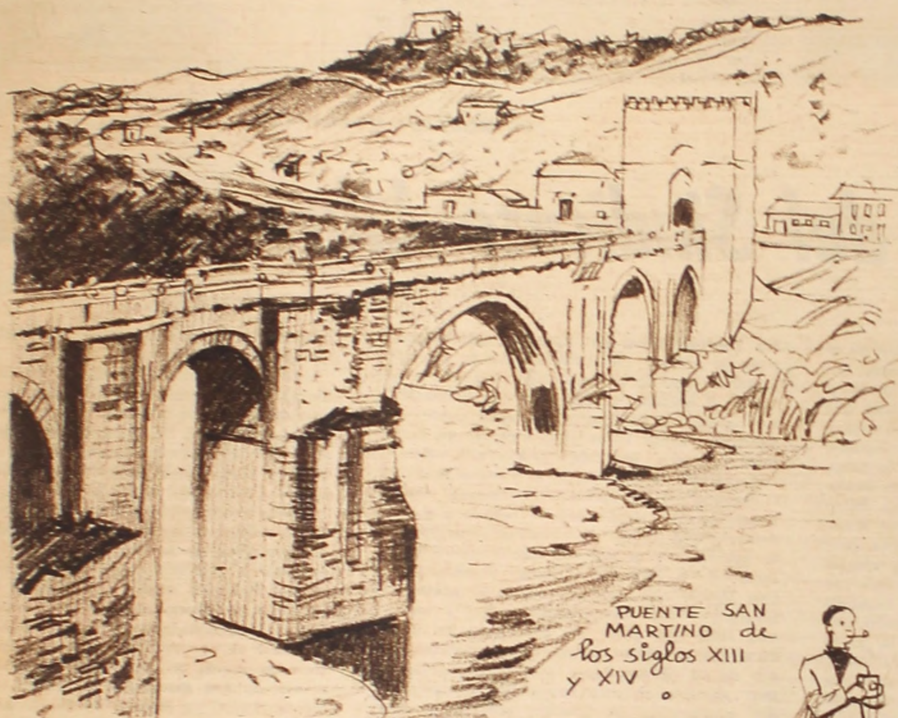
DIBUJOS DE PIERRE FOSSEY



Techos y campaniles de TOLEDO (a la izquierda, la torre de la catedral).



PLAZA DE ZOCODOVER



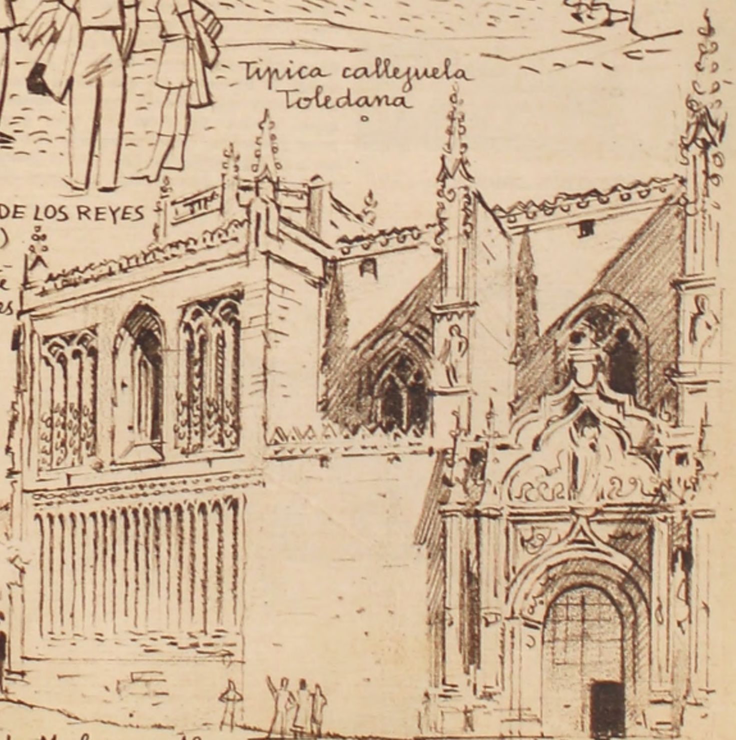
PUENTE SAN MARTINO de los siglos XIII y XIV



Tipica callejuela Toledana



El famoso puente de ALCANTARA obra romana, restaurada por los arabes en 997.



SAN JUAN DE LOS REYES (1476) Fundación de los Reyes Catolicos

Se pueden ver colgados de las paredes, a la izquierda, los grillos y cadenas de los cautivos cristianos de Malaga y Almeria liberados por FERDINANDO EL CATOLICO.

PIERRE FOSSEY



COSTA. — *"Marina"* Oleo.



MONTANI. *"Paisaje"*. Oleo.

Exposición del Sindicato Libre de Pint



PRATI. — Yeso.

UNA importante exposición realizan en el Subte Municipal, los integrantes del Sindicato Libre de pintores, escultores y grabadores. Esta Asociación de artistas, que ha dado una demostración de su cabal fuerza representativa en el arte nacional, ha reunido unas doscientas piezas en total, que teniendo por puntales las obras enviadas por los invitados especiales; los escultores Zorrilla y Belloni, y el pintor Rosé, abre a la vista del público, una seria proporción de valores, y otra de muy elogiables posibilidades. Las composiciones de gran tamaño de Zorrilla —que también presenta pintura— son en cierto modo, una demostración ejemplarizante para la joven generación, ya que, las virtudes de movimiento en la dinámica de la composición, el estudio del desnudo, y sobre todo el dibujo firme y cerrado, hacen de este envío, junto al retrato del padre poeta, una de las notas que más impresionan.

Manuel Rosé aborda sus temas, agregando a ello una pintura ligera y ágil, dominando el ambiente en que desea situar los elementos que maneja con la soltura de quien conoce su oficio. Se hace evidente pues, reconocer que los valores del llamado arte figurativo se han hecho presentes con una firme autenticidad, y que tal muestra representativa de artistas nacionales, pone al público en contacto, con la interpretación que de la naturaleza hace el pintor y el escultor traduciendo sus bellezas. Los envíos de Belloni en material noble y definitivo como lo es el bronce, y sus temas; "Nuevos Rumbos", tercio del original que está emplazado en el Parque Rodó; "Corcovos", y los motivos de bueyes, dan a este escultor dominando la belleza y modelando una visión de nuestras cosas, con la sabiduría y el respeto que siempre ha inculcado a todas sus obras. Zorrilla de San Martín nos impone —como lo adelantáramos— con dos grandes telas, y con una serie que pone de manifiesto en su escultura, ese brío heroico que es patrimonio de su personalidad. Por suerte, podemos admirar en esta exposición, el tercio del monumento al Gaucho, notable obra de una belleza compositiva extraordinaria, junto a esculturas que, a nuestro entender, constituyen lo más preciado en la obra de Zorrilla: "La conquista", "Erato", "Venus Genitrix", y completando el envío el retrato de Eugenio Garzón, así como algunos dibujos. Igual el escultor Prati alcanza alto grado con su envío al reunir trabajos como "Teresita", un yeso de una expresión magnífica, y que encuentra en "El rapto de la faunesa", y 'Boceto Ecuestre", dos ejemplos de una escultura pura.

La obra intimista, tiene en Moller de Berg un representante de ternura en sus esculturas, donde "Cabeza de niño", sale como un bronce de ricos matices modelados conscientemente. Agrega a ello terracotas y dibujos a la sanguínea de ágil contenido y veracidad interpretativa.

Pocas veces en un Salón colectivo podemos comenzar con la escultura, ya que hace muchos años no se reunen en una misma muestra la cantidad y calidad de las presentes. Podemos seguir con "Niñas", grupo en yeso de Alves, una graciosa expresividad, y un género poco cultivado en nuestro ambiente. Un retrato de Chiessa —yeso— bien modelado, y las tallas de Halegua, dentro de una modalidad moderna, así como la "Leda" de Nieva, "Mística", de Pantoja, dos bellos yesos de Pascuale Marchessi, sobre todo su estudio, y la "Cabeza de niño" de Panosetti, complementan el envío, junto a las obras de Stello Belloni. En pintura el panorama se desenvuelve con las características comunes a nuestro ambiente, salvo que en el presente Salón, pueden verse una cantidad de obras que acusan un marcado sentido naturalista e interpretativo, aun en las más diversas formas expre-



BELLONI. — *"El buey solo bien se lame"*. Bronce.



ROSE. — La cantina Oleo.

ZOR



PAGANI. — "Paisaje". Oleo.



AGUERRE. — "Paisaje". Oleo.

...res Escultores y Grabadores

COMISION MUNICIPAL DE CULTURA

...sivas personales, lo que demuestra claramente que, partiendo de la naturaleza, y poseyendo las condiciones indispensables del artista, la pintura puede, aún hoy, contra lo que se quiere sostener negativamente, mantenerse en un plano de valores esenciales. Pueden por lo tanto cotejarse, dentro de dispares expresiones, obras como las de Aguerre y Pagani, dos de los pintores laureados en muchos salones nacionales. Mientras el primero se mantiene en una pintura misma buscando la luz por el color, Pagani acusa un deseo compositivo por planos, y en el sentido sensible, produce esos dos "Paisajes", llenos de melancolía. Los dos coloristas, y sin embargo, tan diversos entre sí. Un amplio envío hace Zoma Baitler con una selectiva muestra de su producción. En ella está patente su razón técnica impresionista, pero como lo hemos repetido infinidad de veces, tal expresión se halla mancomunada con los atributos de su personalidad. Es así que cobran una especial característica esas calles, zonas fabriles y aún todavía su "Paisaje de Montmartre", llenos de riqueza cromática. Neder Costa con dos marinas bien ambientadas en grises, tiene cierto punto de contacto con los trabajos de Montani. El paisaje y marina de éste, acuerdan una armonía que le es ya común. El trazo, así como la simplicidad de ejecución, ponen de manifiesto una sensibilidad dispuesta hacia la captación de la luz. Reencontramos a De los Santos con dos cuadros que conservan su ternura, sorprendiendo con su dominio de los blancos. Miguel Echauri, con "Patio" y "Arlequín", y Feldman, con dos óleos y dos monocopias que traducen sus ya consagradas virtudes.

Una nota original la del cuadro "Entierro Indio" de Fernández Cabral, destacándose Formento Franzia con "Naturaleza muerta", muy fresca de color y espontánea realización. Garino exhibe algunas de las acuarelas que trajo de su viaje a Europa. En ellas aporta algunos efectos nocturnos de muy bella factura. También Kabregú y Giaudrono han enviado cinco pinturas que ofrecen lo mejor de sus realizaciones.

En dos secciones Celia Giacosa presenta óleos y cerámicas, siguiendo su travectoria de trabajo con sincera convicción, anotándose una composición de Guidobono de acertados ritmos. Nerina Bernasconi se hace notar con un retrato de la escuela Kabregú y ocho cerámicas, siendo la témpora de Meisner. "El Jardín", una de las piezas mejor logradas de este pintor. De Mussetti, que envía acuarelas, ya hemos comentado las que exhibe, agregando a lo que dijéramos de Nantes no hace mucho en estas columnas, la soltura que se advierte en su tela "Retrato", y el concepto de sus blancos en el paisaje de los Andes. Citaremos las obras subrealistas de Radaelli, siguiendo un grafismo ondulante y subjetivo, el "Niño de la manzana" de Rius, el paisaje de Tedeschi, bien empastado, las acuarelas de Vallarino, logradas, los óleos y grabados de Petrona Viera, dentro de su técnica de contraste y zonas de color, las "Flores" de Volpe Jordán, matizadas en los rojos; el aguafuerte de D'Donogue "Jardín", y las de Hugo O'Neill, las dos acuarelas de Porzenski, y los trabajos de Martínez con franco adelanto, sobre todo en el esfuerzo que constituye la realización de su obra "Manzanas", así como los cuadros de Prause, que denotan en su ingenuidad, un loable entusiasmo. Recordamos las acuarelas de Alonso, sensación de luz y color personales, así como "La Playa" de Cánepa, que creemos ya comentáramos en pasado salón. Por último daremos cabida a las palabras que prologan el catálogo de esta muestra (E. P.), y que dicen del camino que guió a sus organizadores: "La exposición en conjunto, de un grupo de artistas en el cual no es posible equilibrar los valores con una selección extremada de las obras, es forzoso aceptarla tal cual se presenta, y considerar la buena voluntad y sinceridad de los mismos, para dejar a cada uno la responsabilidad de sus obras enviadas."

Queremos rendir un especial homenaje a Guillermo Rodríguez. En momentos en que escribimos esta nota, nos llega la noticia de su fallecimiento. Como no podía ser de otra manera, su capacidad y valor artístico, están también representados dignamente en el Salón. Sus cinco Xilografías, y cuatro pinturas al pastel, técnica que abordara en su última exposición, que comentáramos en este mismo Suplemento, lo muestran pleno de vigor, luciendo sus fuertes contrastes y rayados en el grabado, y su fina percepción en los temas criollos al pastel. Toda la vida del campo, de sus moradores, historió Guillermo Rodríguez con la gubia hincando en la madera, y fue en el grabado un consumado maestro, que dejó cantidad de discípulos, que recogieron sus nobles enseñanzas, y que hoy se destacan y prolongarán sin duda el recuerdo del artista nacional que se fue.

Eduardo VERNAZZA.

(Especial para EL DIA.)



...LA DE SAN MARTIN. — Hércules y las Amazonas. Oleo.



ZOMA BAITLER. — Barra de Santa Lucía. Oleo.



MOLLER DE BERG. — Cabeza de niño. Bronce.

REALIDAD Y FICCION BAJO EL CIELO DE CORDOBA

HACE poco más de un año, al comenzar la primavera neoyorquina, Alberto Rembao —dolido de amor por una mexicanidad de espíritu ascendente— nos decía, en mensaje multiplicado, que "el hombre tiene naturaleza desde antes de tener historia", agregando que esa naturaleza es "carga de una autonomía capaz de tornarse rebelión, dondequiera haya decisiones y escogeres, dondequiera haya libertad".

Pero si la historia de hombre o de pueblo, puede adquirir categoría de ciencia y, como corolario, ofrecer resultancias de una posible necesidad de ordenaciones causalistas, no es menos cierto que la peculiar naturaleza que da fundamento, síntoma y dimensión protagónica, al existir humano, jamás renuncia a la capacidad de rebelión que, en cierto modo, es la primera y última forma posible de la libertad.

(Mientras esto pensamos, en la calle un viento frígido gime en las aceras, y golpea, torpe y despiadado, contra los muros grises. Y en el deseo de llenar con mieles el vacío de las ánforas, en ese momento lento e impreciso en que la vida parece aquietarse en la suave penumbra de este atardecer de plata desvanecida, tomamos de los anaqueles un libro al azar...)

"Una vez, al caer la tarde, vi a un hombre que solitario sobre la terraza de su casa marchaba inconscientemente sobre el polvo, y ese polvo, en su místico lenguaje, le dijo: No seas cruel, que como a mí, a ti también te marcharán encima."

Omar, ¿eres tú? Seguimos leyendo: "Por que si bien se mira, la vida no es más que un inmenso tablero de ajedrez, cuyos cuadros blancos son los días y los negros las noches, y en el cual el Destino juega con los hombres como con piezas: los mueve de aquí para allá, y uno por uno van a parar al estuche de la nada".

Ah, sí, eres tú, Omar-al-Khayyam; no es preciso remitirnos a la portada del tomo escogido al azar; es tu "Rubáyát", sencillo y hondo, juntando estrella y espuma, insectos y mitos, hastíos y goces...

Hace más de ocho siglos, en la soledad de Nishapur, nos recomiendas: "No abandonéis el libro, los labios de la amada y los verdes declives de un campo, porque la tierra bien pronto os volverá a su seno".

Sí; es verdad que nuestras vidas se esfuman como un sueño de oro; que el zumo de la uva será agua en el río y viento en el desierto. Pero si nos es dado ser certidumbre y no duda frente a la afirmación pindárica de que el hombre es el sueño de una sombra, pensemos que ciertos sueños de ciertas sombras, son en el río, burbuja y guijarro, azul y espejo, música y caracola; y en el desierto, también, amanecer y sombra, toldo y surtidor, humo y constelaciones...

No sabemos qué zumo, qué río, qué arena, sembraron de tentaciones estos caminos de la vida, pero ahora nuestra mano sostiene el recado donde nos citan para el diálogo con sombras temblorosas de tenues estrellas...

Antes de ser historia, somos naturaleza... La historia es proceso, multiplicación de etapas, continuidad de estadios; la naturaleza es asombro o desesperación, deslumbramiento... Y como en ella caben todas las posibles realidades, en un soleado rincón de la memoria hemos encontrado esto que, si bien no es auténtico infolio amarillento, aspira a ser humanizado documento de amor...

*

Córdoba. La que en España nació para ser testimonio de lo veraz y tornadizo de la gloria. La que humedece en la frescura del Guadalquivir su fatiga de siglos. La que fue algarabía decisiva y crisol de fisonomías, y hoy es ancianidad de cal y bronce, y digno honor para el recuerdo de sus ardores.

Corazón de la Andalucía encendida, allí el sol desciende borracho de luz forzando nacimientos de colores.

Allí estamos en un pleno mediodía, en la curva de una calleja estrecha y blanca, ceñida de silencios; en sus arcos y persianas se acuestan los ecos distantes; en la sinuosidad desordenada de los balcones florecidos donde la geometría desconoce las alternativas rectas, la disímil experiencia humana traza el bosquejo de sus mutaciones.

El aire, calcinado, trueca las imágenes. Vamos por la calle del "Rey Heredia" luego de dejar la llamada de "Rodrigo". Las reverberaciones luminosas crean arcanas perspectivas, se ensanchan los caminos de las visiones irreales, se enajenan los principios ordenadores de la racionalidad.



Mezquita Patio de los Naranjos: "...hay muchedumbre de troncos encalados en desvelada alineación prolija".

Así vamos, a paso lento, dibujando desusadas curvaturas. El pensamiento esta más allá de los ojos; la sangre se nos vuelve temblor; y la inmediata realidad se torna ausencia...

De pronto, desde una primorosa cancela, y tras decorrer las cortinas de un perfumado arrobamiento, parecen brotar estas palabras que ya no son del ayer ni del mañana:

"¡Ah de la vida! ¿Nadie me responde?
aquí de los antaños, que he vivido..."

La recordamos; es una voz del siglo diecisiete; es la desazón, la ciencia y la fortaleza, de aquel gran lastimado de la suerte que se llamó Francisco de Quevedo. Comprendemos que es la convocatoria, el aviso, el llamado, para que a nuestro paso algunas sombras preclaras nacidas en Córdoba rebasen el área de su silencio inmortal. Sombras que vivieron tanto, que tan hondo gozaron la promesa de la vida, que tanta pasión incrustaron en la justificación de su tránsito, que tan grande torrente de apetencias sembraron cada minuto en cada paso que, verdaderamente, ya no podrán olvidarse de vivir, y no morirán...

*

¿Quién es aquella figura severa, de sobrios perfiles, que vivió aquí hasta sus quince años, para luego adoctrinarse en retórica en la Roma imperial, que fue maestro de juventudes preparándoles en la elocuencia judicial, siguiendo las huellas de los diálogos ciceronianos? Es, a no dudarlo, Marco Anneo Séneca (el orador), nacido entre los años 55 y 58 a.C.

Dos milenios desdibujan su naturaleza, y una niebla de polvo nos deforma su imagen auténtica. No obstante, alcanzamos a oir de sus labios resecos cientos de palabras de docencia moralizadora.

Detrás suyo, vemos que otra sombra, de armonioso movimiento, de frente pulida por la madurez de un talento original, con la aureola de quien sabe despreciar fortuna y pobreza "como a dos impostores", camina hacia el oriente. Paisajes de Egipto se entrevén en sus pupilas; y una llaga en el corazón recuerda su destierro de Roma, a instigación de Mesalina.

Al alejarse, notamos que de sus venas abiertas por orden de Nerón —su discípulo— brota un río de sangre... Es la sombra ejemplar de Lucio Anneo Séneca, filósofo que apagara su luz de sabio y estoico el año 65, hijo de Séneca el orador.

Seguimos andando; el aire canicular dilata las pupilas para los juegos de los mirajes seculares.

Erguido, casi con reposada alegría, un espectro de veintiséis años pasa indiferente a nuestro lado. Debajo de su brazo dócil, alcanzamos a leer el título de un libro, "Farsalia". Es la sombra de M. Anneo Lucano, sobrino del filósofo Séneca.

*

Por el cielo, sin crespones, pasa un tropel de bárbaros empujes; tiéndense siglos de aluviones nórdicos; destrucción y asimilación siembran nuevas savias rubias en las tellas ibero-romanas. Los vándalos se esparcen y reposan hacia el Sur de la península, y dan nombre a la región: es la Vandalusia. Luego será la Andalucía...

A partir de este instante, Córdoba dejará de ser tierra de tránsito para convertirse en cabeza de caminos...

Y desembocamos, con andar pausado, en un mundo luminoso y extraño, florido y exótico. Oriente y Occidente entremezclan sus licores y sus mieles; las flores purpúreas del algarrobo tiñen la brisa en Hispalis, en Itálica, en Córdoba, en Malaca... El añafil hiere el aire con sus acentos metálicos, mientras que el rabel, desde un alcázar, llora en la suave vibración de sus cuerdas.

Allá, entre las avenidas tendidas entre los olivos somnolientos, pasa un desfile de rostros velados, mientras las voces de los almuédanos se hacen banderas en el viento y columnas en las almas omeyades.

Distinguimos, como tamizada por el canto monocorde de las esclavas, la silueta docta de Abenmasarra, propagando el sistema plotiniano bajo las apariencias filosóficas del sufismo batiní. Vemos, además, a Ben Suhayd, poeta y crítico, muerto en 1035, y enterrado en el Jayr, parque de Córdoba, "donde se pudrió bajo las flores". Y es Ben Hazm, nacido también en Córdoba, en 994, escribiendo poemas dulces como el aliento de las huríes.

De pronto, nos vemos obligados a detenernos: resuena al final de una apretada calleja lateral una lechosa claridad como nacida del golpe de una aldaba sobre una placa de mármol antiguo. Escuchemos:

"Alejados uno de otro, mis costados están secos de pasión por ti, y en cambio no cesan mis lágrimas... Al perderte, mis días han cambiado y se han tornado negros, cuando contigo hasta las noches eran blancas... Eramos dos secretos en el corazón de las tinieblas, hasta que la lengua de la aurora estaba a punto de denunciarnos..."

Es el lamento de Ben Zaydun, llorando la ausencia de Wallada, la bella princesa que compartió su amor y terminó por abandonarlo.

A cierta distancia, como surgiendo del Barrio de la Judería, viene un cortejo fúnebre; una bestia sumisa carga sobre un costado el atáud que seguramente guarda un cadáver, y sobre el lado opuesto, sirviendo de contrapeso, numerosos libros. Alguien nos dice que es la sombra de quien, nacido en Córdoba en 1126, y muerto en Marruecos en 1198, retorna a la ciudad natal porque si bien fue historia, no olvida que es naturaleza... No cabe duda; es la sombra grande del filósofo árabe conocido con el nombre de Averroes, que con tanto amor y equilibrado entendimiento divulgara la doctrina de Aristóteles, haciendo de la enciclopedia del estagirista, el altar de su culto.

*

Pero el viento, sin cesar, empuja nube tras nube hacia otros horizontes; se enturbian los espejos donde el Islam acicala los



"Curva de una calleja estrecha y blanca, ceñida de silencios..."



Interior de la Mezquita. "Es un bosque de ochocientas cincuenta columnas de mármol, levantadas para el triunfo de dobles arcos de rojo ladrillo y blanca piedra".

ditirambos hiperbólicos de las furtivas realidades; desde las orillas del Guadalquivir parten las galeras entre tumultos de lamentaciones.

Las sombras de las amadas dialogarán con los nenúfares en las noches de plenilunio; la caricia tibia será recuerdo frío en la esclavitud de la memoria; las flores del Generalife granadino se harán piedras preciosas en duras servidumbres...

Continuará la historia de los hombres; guijarro y burbuja, caracola y música, humo en los amaneceres, pálido sueño en la sombra densa...

*

Seguimos el camino, entre la niebla, aunque en la calle el sol continúe desnudando torso y mejilla, vereda y cornisa.

Dejamos atrás la calle Valladares, luminosa y breve, y entramos en la vía Deanes, en pleno barrio antiguo, con casitas blancas orgullosas de sus patios graciosos y recatados.

Aún nos falta el encuentro con una gran de sombra, ya invulnerable a los dardos mezquinos, viva y compacta a las codicias disolventes.

Y nos encaminamos hacia la inmensa Mezquita levantada a escasa distancia de la margen derecha del Guadalquivir. Comenzada a construir por los árabes en el siglo octavo, fue ampliada sucesivamente hasta el siglo once. Del enorme plano de su arquitectura, se destaca desde lejos el macizo campanario de cincuenta metros de altura.

La parte exterior —muros envejecidos por la pátina del tiempo con olvido— nada dice de lo que encontraremos en el dilatado remanso de sus interiores.

Penetramos por la puerta llamada del Perdón, que nos vuelca en el Patio de los Naranjos. Los azahares aún no muestran su esperanza de fruto cierto; pero hay muchedumbre de troncos encalados en desvelada alineación prolija.

Y por la llamada Puerta de las Palmas, nos asomamos al bosque inmenso... Somos, ahora, asombro confundido, vertebrada amalgama de interjecciones transmutadas al lenguaje de los gestos, confabulación de alquimistas para el nacimiento de los juegos y escondites donde dormirá la gloria su sueño en "Soledades"...

Son diecinueve naves, de ciento setenta y nueve metros de largo por ciento veintiocho metros de ancho. Es un bosque de ochocientas cincuenta columnas de mármol, levantadas para el triunfo de dobles arcos de rojo ladrillo y blanca piedra. En el corazón de esta enorme Mezquita, está la Catedral para las satisfacciones del rito cristiano. Allá, al fondo de este bosque petrificado, a la derecha del mihrab nuevo (mihrab: capilla desde la cual el sacerdote musulmán dirigía la plegaria de los fieles), hay una lápida empotrada al espeso muro. En la penumbra, alcanzamos a leer:

"Hoc Monumetum Erigendum Curauit
Dom
Ludovici de Góngora et Argote
Cordubensis
Huius Almae Ecclesiae portinarii
Philippi III et Philippi IV
Sacerditis Familiaris
Poetae Lepidissimi
Ingenio et Vernaculi Idiomatis
Salidus
et Facetiis Celeberrimi
qui fates cessit
Decimo. Cal. Iunias Anno Domini
MDCXXVII."

Sí; esto estaba escondido en nuestro deseo, Luis de Góngora; era un sentimiento adherido a las horas de la vida como el musgo de las tardes. Aquí el ángel de tus tinieblas se nos vuelve todo ángel de luz.. Se nos clarifican tus artificios barrocos; la danza de antítesis y de hipérboles, los enigmas mitológicos y la transfusión de las significaciones, se tornan meros arabescos de tu ingenio burlón y formas evasivas de tu sentimentalidad delicada. Aquí, junto al bosque de pedrerías, bajo la enervante repetición de arcos superpuestos, ¿cómo tu poesía no iba a ser anhelo de trueques inauditos?; ¿cómo tu oficio no iba a ser onda encrespada en ansias de fuga de los retorcidos laberintos?

Sí; tu sombra, como antaño,

"... gasta
en astrología
toda su pobreza
con su picardía."

Y seguís suplicando

"que no sepultéis
el gusto en capillas
y que a los bonetes
queráis las bonitas."
("Autorretrato")

¡Ah, Don Luis de Góngora! ¡Qué bien se ve tu Sombra

"sin luz, no siempre ciega,
sin libertad, no siempre aprisionada."
("Soledad Segunda")

Porque ya poco pueden molestarte los barrotes de hierro que han puesto al rincón donde en 1627 comenzó a vivir tu sueño. Aquí comprendemos cómo se vuelven exactos tus poemas; cómo gozas tu libertad de junco enamorado de la brisa esquiva; cómo tu música ya es total pudor de sombras.

Aquí estás, aquí te hemos encontrado, en el definitivo regreso a la aldea de tus sueños. A tu pie dejamos, Góngora, nuestra siembra de homenaje en surcos de silencio, porque éste, tu coloquio de agua y de paloma, es prolongación de palabras en los huertos de la sangre. Sí; aquí dejamos nuestros duendes somnolientos entre tus ángeles despiertos...

Ramiro W. MATA

(Especial para EL DIA)



Patio Cordobés. "...allí el sol desciende borracho de luz forzando nacimientos de colores".

HISTORIA DE RIOS:

VIDA Y DESTINO DE TRES RIOS

EL NILO —

HERODOTO — 400 años A. C.—, al expresar el concepto transmitido a la posteridad, que "Egipto era un don del Nilo", investigó vanamente un hecho que se presentaba prodigioso: la creciente periódica del río, en un país que jamás llovía. "En lo que concierne a la naturaleza del "río decía Herodoto, no he podido obtener "información alguna ni de los sacerdotes, ni "de los demás. Estaba particularmente ansioso de saber porque el Nilo a comienzos "del solsticio de verano, empieza a crecer "y continua subiendo por unos cien días, "porque tan pronto como pasa este período, se retiran y contraen sus aguas, y bajan hasta que el solsticio de verano se "repite de nuevo. Sobre ninguno de estos "puntos pude allegar dato alguno de los "habitantes, aunque hice todas las averiguaciones para saber lo que ordinariamente se decía sobre este extremo, no han "podido explicar qué virtud especial tiene "el Nilo, que lo hace tan opuesto en su "naturaleza a todos los demás ríos, ni porque en oposición a ellos, no se engendran "brisas en su superficie".

El mundo de Herodoto no estaba todavía capacitado, para comprender y explicar el mecanismo maravilloso que se repetía con la regularidad lel movimiento de los astros, de un hecho fluvial ligado al desarrollo de un poderoso imperio, a la evolución de una cultura milenaria, base de una de las primeras civilizaciones. Como si el hecho fluvial fuera causa primera, para el desarrollo del potencial económico y social del área geográfica en que se producía, como si el padre Nilo, fuera la misma expresión de la vida.

El conocimiento posterior y las aventuras de los descubrimientos geográficos africanos, permitieron establecer que las crecientes periódicas de sus aguas, registradas en la inmensidad de las edades con regularidad y duración casi cronométricas, es el producto de complejas acciones integradas —de una apasionante dinámica fluvial— que se desarrolla a lo largo de un cauce de 6280 Kms. de longitud, en todos los climas, desde el Ecuador hasta más allá del Trópico de Cáncer.

Desde las cimas cubiertas eternamente de nieve en el Kilimanjaro, hasta las tierras calientes del Ecuador en el Lago Victoria Nyanza, a 1130 metros sobre el nivel del mar, a través de frondosos bosques, en la meseta Abisinia, donde el tiempo se ha detenido en el período diluvial, a través de numerosas cataratas y remolinos labrados en el granito, que arrojan las aguas en espumas y que se aquietan después de atravesar el lago Alberto, en la inmensidad de las ciénagas pantanosas, paisaje de cocodrilos e hipopótamos donde proliferan las garzas, junto a los lotos reales y papiros, mientras nubes de insectos levantan las barreras de mortíferas fiebres que acechan el paso del hombre.

Desde los escondidos territorios, donde el hombre pinta su cuerpo con ocre rojo, hasta los ardientes desiertos de Nubia —y Lybia, más allá del Nilo de los antiguos, desde Assuan, cuna de pirámides y monolíticos, hasta el extenso Delta, flanqueado por los canales de Rosetta y Damietta, en el encuentro del Mediterráneo.



Embarcaciones características del río Nilo, ***navegando en el delta.***

En cada tramo del inmenso cauce, los volúmenes de agua, impulsados en las cataratas, retenidas en las ciénagas, —efectos retardadores y aceleradores—, incrementado por mil afluentes, evaporado en los calcinantes desiertos, traducen como resultante final, la onda de creciente que se manifiesta matemáticamente en el bajo Nilo, en Egipto —donde jamás llueve— alrededor del mes de julio, creciendo despacio las aguas hasta agosto, para culminar en setiembre, extendiendo por los canales el limo fecundo, que trae de las lejanas tierras de Abisinia y Sudán, de Uganda y Kenia, para descender luego a su mínimo nivel dentro del cauce.

La creciente es en definitiva, el aflujo armonizado e integrado, de las aguas del Nilo Blanco y del Nilo Azul que mezclan sus aguas a la vera de Karttum, capital del Sudán, y aguas abajo con el Nilo Negro, y cada año a través de los siglos quedaron registrados en los nilómetros de los templos de mármol en el Nilo, los niveles de cada creciente anual, que extendían el fecundo limo, en las arenas calientes y estériles de Egipto.

Allí y a su vera, "el hombre neolítico aprendió a cultivar las plantas, a abrir canales, y fabricar instrumentos de silex, a salir de la barbarie y entrar en la civilización"; mañana el mismo río será fuente de energía hidroeléctrica, en sus inmensos potenciales de sus cascadas, que servirán para industrializar ricos yacimientos, en el regadío de las extensas planicies del Sudán, donde podrán obtenerse cereales y algodón, energía eléctrica y regadío, capaz de transformar a Egipto y Sudán, y a las tierras de Abisinia, en un área de futuro promisorio.

Es que en los tiempos antiguos, y en los tiempos futuros, el padre Nilo es la expresión de la vida que se renueva cada año, como un inmenso corazón que late en el flujo vivificante de sus aguas.

EL GANGES —

Amanece sobre Benarés, la ciudad sagrada de la India. El viento monzón del verano que hace meses sopla invariablemente húmedo y caliente del S.O. ha estallado violento toda la noche, y fue a disipar su carrera y energía en los verdes flancos de los Himalaya.

Y con las primeras claridades de la penumbra, surgen los perfiles de Benarés, que en las afiladas torres y minaretes de sus mil quinientos templos y mezquitas, que dominan como una obsesión, la visión urbanística, desde las mansas aguas del Ganges, hasta lo más alto de las áreas, en las barrancas yacentes al cauce. Una densa multitud, empieza entonces a moverse silenciosamente en sus calles, y sus blancos ro-



pajes van prestando a su paso, la sensación de lo alado y fantasmal.

Todo Benarés, en sus irreconciliables castas y razas, está unido y se mueve en la mística religiosa, camino al río sagrado, el Ganges, donde purificar sus almas, curar sus lacras en las barrosas aguas, mientras la corriente fluye aguas abajo, con sus parihuelas fúnebres, amortajando los cadáveres, ofrendados a desconocidos dioses, más allá de los horizontes.

Porque el Ganges, es ante todo para el habitante de la India, ascendiente religioso y vehículo de muerte.

Y en dos extremos del mundo, sobre el mismo trópico de Cáncer, como expresión multiforme del acto de la vida y de la muerte, el Nilo trae la vida al núcleo social el Ganges lleva la débil envoltura humana cuando cumplió su ciclo en la lujuriante área geográfica donde la humedad de los 3.000 milímetros de lluvia, y los 40º de calor, se expresan en selvas espesas, gigantes árboles, donde las plantas trepadoras se enroscan en sus troncos, ávidas de altura y luz, donde el tigre de Bengala, el elefante, los grandes simios y extraños pájaros disputan al hombre las tierras bajas del inmenso delta, donde el Ganges se asoma al Golfo de Bengala.

El Ganges nace al N. O. de la India, detrás de los picos del Himalaya, su longitud alcanza a 2438 Kms., y su curso lo señalan como gigantescos mojones, las ciudades sagradas del brahmanismo, Agra y Delhi, sobre el afluente Jumma, que balancea su cauce en los depósitos aluvionales, más allá Patna, Benarés, y Allahabad, y en el inmenso Delta, la ciudad de Calculta, asfixiada por el clima, donde termina una cuenca de 310.000 Kms.2 que alberga a 75.000.000 de habitantes, ligados en la expresión de lo fatal al discurrir de las aguas del Ganges, que en su lento desplazar no se han detenido, ni se detendrán en su carrera a lo ignoto.

Y ligados a su destino, millones de seres humanos, han bajado una y otra vez en el tiempo, por las monumentales gradas, por los "ghatts", escaleras de mármol que acercan la ciudad al cauce del río, para el baño ritual, para el llenado de frascos y ánforas de agua milagrosa, entregando a las ondas sus muertos.

No de otro modo podrían viajar al mundo de las sombras, cuando las inundaciones barren implacables indefensas poblaciones, cuando aguas arriba, las sequías suprimen la vida, cuando el hambre y la incertidumbre se desploman trágicamente sobre esos densos conglomerados humanos.

Entonces la superstición los lleva, —no importa la expresión corporal— a las aguas frías de los deshielos del Himalaya, igual el orgulloso brahaman que el despreciado paria, a las aguas sagradas del padre Ganges, camino al más allá.

RIO AMARILLO —

En verdad que resulta extraño y distinto el Río Hwang-Ho, el fabuloso Río Amarillo de la China, que colorea sus aguas, con el polvo de arcilla amarilla, que el viento trae desde el desierto de Ordoz.

Dotado de un particular sentido constructivo, juega el propio destino y la aventura del hombre de sus tierras.

Porque como río, en su extenso curso, no traduce para los chinos ninguna utilización, como vía navegable, para regadío, o abastecimiento de agua, y como tal es casi inútil, pero después de rodar por cataratas rocosas y altas montañas, edificó en millones de años, una inmensa llanura, el delta de su desembocadura en el Mar Amarillo, con el producto de su erosión en las montañas, construyendo "la tierra buena", donde viven y se afanan millones de chinos en la mayor densidad humana por unidad de área.

Pero el Río que trae sin cesar, nuevos aportes de arcilla, que lo elevan en la llanura, presenta un inestable cruce, y oscilaría como un gigante péndulo en la inmensa llanura, —el Ingobernable, lo llaman—, si el hombre no lo disputara con diques y muros —centímetro a centímetro la tierra—, para sus cultivos, para vivir. Pero luchando ferozmente, el Río y el Hombre están consustanciados en los siglos como si el Río tuviera sentido humano.

Y en ocasiones el Río juega la propia aventura del hombre de su tierra, en defensa de su pueblo, como lo señalan distintos episodios.

Allá por el año 1852, un almirante inglés impuso el bloqueo al Río Amarillo en su desembocadura, pero después de una espera infructuosa de tres meses sin ver embarcación, descubrió que con pequeños trabajos de los habitantes, el Río desaguaba a 400 Kms. al Sur de la desembocadura, y por igual mecanismo fue escudo invencible en la lucha contra los invasores japoneses.

Pero a veces, cuando las crecidas son extraordinarias, la tragedia la juega con sus propios habitantes, y con su loco oscilar en la llanura, arrasa implacable todas las poblaciones, sin salvación posible, y la historia registra los muertos por millones.

Pero el chino, vuelve siempre a la "tierra buena", a las amarillas tierras donde florece el trigo y el mijo, a la lucha tremenda con el hermano río, de vocación humana.

o

Tres ríos en la aventura del Hombre.

José L. BUZZETTI.

(Especial para EL DIA.)



El río Ganges traduce el espíritu religioso de la India materializado en inmensos templos que jalonan su curso.



Los ríos representan en los tiempos actuales fuentes inagotables de energía hidro-eléctrica, como factor de progreso y evolución humana.

LOS POETAS QUE EL URUGUAY DIO A FRANCIA

EN asuntos de poesía, y en cierta medida, hemos pagado una deuda a Francia: si ella nutrió a nuestro tardío romanticismo y a nuestro avanzado modernismo, el Uruguay le hizo el grato obsequio de tres poetas de jerarquía: Isidro Luciano Lucasse (más conocido por el conde de Lautréamont), Jules Laforgue y Jules Supervielle. Cada uno marcó un rumbo distinto a las letras de la "cara Lutecia": por diferentes rutas, cada cual imprimió en la lírica francesa su vigorosa personalidad.

El conde Lautréamont fue un "raro" rubendariano. Acaso con él nace la literatura contemporánea. Demoníaco y angelical, ha dado motivo a todo género de leyendas por su antidogmatismo consustancial. Nació en Montevideo en abril de 1846; fue bautizado en la catedral. En los comienzos de su juventud se traslada a París, donde comienza su vida desordenada, tejida con los hilos de terribles negaciones.

Vivió escasos 24 años y dejó un solo libro, tal vez el más frenético de la literatura francesa: "Los cantos de Maldoror", obra concebida entre el sueño y el delirio, primer documento francés del surrealismo por sus conceptos extraconscientes, surgidos de un escenario fuera de la realidad cotidiana. Recuérdese que el surrealismo existió antes que su denominación; sin duda es la "Divina comedia" la primera obra de esta modalidad.

Satánicos reductos, epifenómenos injertados en el lenguaje afectivo sin conexión con lo racional, existían en el légamo de la subconciencia de Lautréamont. Su libro no está escrito en verso, pero se encuentra revestido de un extraordinario vaho poético. Consta de seis cantos donde estallan imprecaciones, donde crepita lo sensual y lo sexual, donde fermentan todas las rebeldías



Jules Supervielle.

y acometen insospechadas violencias. Declara: "Empleo mi genio en describir las delicias de la crueldad. Delicias no pasajeras ni artificiales, sino que han nacido con el hombre y con él acabarán".

Abominaba de los individuos que escriben con el fin de buscar aplausos para cualidades que no poseen. Lautréamont, como la serie de "poetas malditos", buscaba el "frisson nouveau" mediante arbitrariedades e ilogicismos, emanados de su neurótico temperamento. Con él lo hiperbólico llega a su límite máximo. Es precursor de la literatura de este género, y acaso el maestro absoluto, ya que sus cofrades son desertores, pues Edgard Poe incursiona por la novela policial y Baudelaire se sumerge en sensibilidades de crevente.

El poeta se ubica en su solar nativo, pues en el canto primero de su estremeciente libro, expresa: "El término del siglo XIX verá su poeta; ha nacido en la desembocadura del Plata, allí donde dos pueblos rivales en otros tiempos, se esfuerzan actualmente por superarse mediante el progreso moral y material. Buenos Aires, la reina del Sur y Montevideo, la coqueta, se tienden una mano amiga a través de las aguas del gran estuario".

*

Jules Laforgue nace también en Montevideo, en agosto de 1860, según consta en el archivo de la iglesia de San Francisco de la calle Cerrito. A los 11 años es llevado a Francia por su familia con el fin de realizar estudios secundarios. Siendo adolescente pierde a su madre, víctima de tuberculosis; el padre, enfermo del mismo mal, abandona a sus hijos y se radica en los Pirineos en busca de salud. El futuro poeta conoce a los 17 años todos los matices de la bohemia. Luego de una breve vida accidentada y trashumante, muere del mal familiar en agosto de 1887.

Dejó cinco magníficos libros, en verso y prosa, que revolucionaron la estética simbolista, pues introdujo en la poesía originales ingredientes irónicos. Como su coetáneo Rimbau, sintió el dolor y el infinito aburrimiento de vivir, y se servirá de sus cantos, no sólo para comunicar sus desazones a los demás, sino para dialogar consigo mismo.

Se hunde con fruición en todas las marejadas de la vida para extraer de ellas la quintaesencia de amargos disconformismos. Su libro "Los lamentos" es cabal testimonio de su estado de espíritu.

*

Jules Supervielle es también oriundo de Montevideo. Nace en 1884. El "banquero Supervielle", como lo llama Benda, se instala en París en plena juventud. Allí, desde hace casi medio siglo, ha creado una excepcional obra literaria en poesía, teatro, novela y cuento, en torno de la cual se ha concitado la crítica para urdir encomios con rara unanimidad.

Supervielle es un poeta de intramundos, bucea en su espíritu y no extrae realidades tangibles, sino que alquitara conceptos mediante la magia de lo imprevisto y de lo presentido, para verterlos en el cauce de un verso y una prosa libres de oscuros omrismos.

El hechizo de París no le borra el recuerdo de su tierra natal. Por los poemas de su obra "Desembarcaderos" transita el recuerdo nostálgico de pampas y gauchos y encantos del terruño. En su pieza de teatro "Bolívar" palpita el sentimiento de un acendrado americanismo. Desde los poemas del humor triste, que lo revelan en 1919, hasta los versos de la "Francia infortunada", se amalgaman lirismo y misterio. El concepto es profundo y el ropaje literario rezuma claridad y armonía.

Supervielle urde con sus sueños una trama coherente, de singular diafanidad verbal. En la prosa de su narrativa campea una sintaxis ingrávida. Transita poéticamente en muchos de sus cuentos por zonas de arcanos, con presentimientos de posvida, sin caer en lo terrorífico, ni en la alucinación escalofriante. La muerte no intimida, lo desconocido no arredra ("Las consecuencias de una carrera" y "La mujer reencontrada"). Declara al respecto: "Mis cuentos no tienen hadas ni hechiceras. Hemos matado el "era una vez". No gustamos de que lo maravilloso nos sea impuesto por decreto; deseamos que se deslice en el relato sin que el mismo autor lo advierta, despojándonos así poco a poco de las armas y bagajes de nuestra lógica habitual".

Han prologado sus obras los más destacados literatos franceses. La Academia de Letras de Francia le ha concedido recientemente un premio de literatura. Nuestra Academia de Letras acaba de publicar una selección bilingüe de sus poemas. Supervielle ha escrito una veintena de obras de singular valimiento.

El destino ha tratado de balancear, con los poetas mencionados, los compromisos de la lírica entre Francia y el Uruguay.

Alberto RUSCONI

(Especial para EL DIA)



Retrato de Laforgue, hecho en Montevideo.



No ha quedado iconografía de Lautreamont. Este retrato fue ideado por Salvador Dalí. El artista lo imaginó a los 19 años

EN LA CONFUSION DEL FUEGO, TARZAN SE ENCONTRO CARA A CARA CON LA **CRIATURA**... UN GIGANTESCO Y ENLOQUECIDO NATIVO.

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS®

















Líneas,

telas y colores de actualidad en confecciones para damas



1 - Presentamos este modelo en otomano gris o negro, es de líneas clásicas con detalle fantasía en los bolsillos. Talles 52 al 58 $ 180.00, talles 46 al 50 **$ 165.00**

2 - Interpretando las últimas ideas de la moda, destacamos vestido en crep de lana, colores de actualidad. Talles 52 $ 75.00, talles 44 al 50 **$ 70.00**

3 - Traje de chaqueta de gran vestir, es de línea recta, tiene cuello desbocado y está realizado en otomano color negro. Talles 44 al 50 **$ 155.00**

4 - Traje de chaqueta en moderno Tweed de lana, con novedoso detalle de martingala, varios colores. Talle 52 $ 98.50, talles 44 al 50 **$ 93.50**

5 - Chaquetón cruzado realizado en paño gamuza, colores rojo y negro, muy indicado para sport. Talle 52 $ 85.00, talles 46 al 50 **$ 80.00**

6 - Clásico chaquetón marinero en paño Velour color azul, es de gran abrigo y está todo forrado. Talle 52 $ 77.00, talles 44 al 50 **$ 72.00**

CASA MATRIZ
Av. Agraciada 2302
Teléfono: 20 09 61
SUCURSAL CORDON
Av. 18 de Julio 1601
Teléfono: 40 41 11
SUCURSAL GOES
Av. General Flores 2341
Telfs. 2 42 00 - 2 43 00
2 44 00

(1) (2) (3) (4) (5) (6)

Capurro & Co.

IMPORTANTE: Nuestras confecciones no sufren recargos por los arreglos que haya que hacerles.

CLIENTES DEL INTERIOR: Dirijan vuestros pedidos a nuestra CASA MATRIZ Av. Agraciada 2302 y M. Sosa.

PROGRAMACION DE CASA SOLER EN SAETA T.V. - Lunes y Miércoles a las 20 hs. presenta el escenario de variedades y los Martes a las 21 y 15 hs. la gran Tele revista con las mejores atracciones de la T.V.

50 AÑOS BRINDANDO

Precios al alcance de todos